

Museo Ramón Gaya

Salzillo en la obra de Ramón Gaya

Murcia, 19 enero / 12 marzo 2007

Museo Ramón Gaya

Salzillo en la obra de Ramón Gaya

DIRECCIÓN

Manuel Fernández-Delgado y Cerdá

COORDINACIÓN

Ana Álamo

DOCUMENTACIÓN

Victoria Clemente

GESTIÓN

Isabela Antón

Juan Carlos Díaz

Inmaculada Guarinos

Ana Martínez

DISEÑO GRÁFICO

Severo Almansa

Rosa de la Obra

FOTOGRAFÍAS

Tomás Lorente

Antonio Pérez Crespo

FOTOGRAFÍAS DE LA OBRA EXPUESTA

Javier Salinas

MONTAJE DE EXPOSICIÓN

Adimur

SEGUROS

Aón Gil y Carvajal

AGRADECIMIENTOS

Ayuntamiento de Murcia

José Julián Buigues

M^a Ángeles Jover

Emilio Meseguer Peña

Pedro Soler

Amparo Tomás Tio

IMPRIME

A.G. Novograf

D.L.: MU-91-2007

Portada:

El durmiente de Salzillo

1975

Óleo sobre lienzo

73 x 92 cm.

Página siguiente:

Ramón Gaya e Isabel Verdejo viendo la procesión de los Salzillos.

Foto Tomás Lorente

Murcia

Ramón Gaya. 1950

La ciudad no es nada, o mejor, no es nada ella sola, sino en función con su huerta y su cerco de montes; pero ésto, tan sencillo, no es fácil de descubrir y el viajero —el buen viajero— huye precipitadamente de Murcia creyéndola fea y sin interés. Se equivoca. Murcia no es una ciudad para ser visitada, claro, porque está... *vacía*; no hay en ella nada monumental, ni siquiera pintoresco, característico, pero cuando logremos verla incrustada en el paisaje, ahogada por el paisaje, dejará de ser la ciudad borrosa, blanquecina, sin color, sin dibujo y plana que vimos al principio. El paisaje que estrecha a Murcia no es, propiamente, un paisaje natural, sino un paisaje creado, ingeniado, hecho. La huerta es toda una geometría puesta sobre el tablero liso del suelo por unos hombres embriagados de matemáticas y que, como buenos orientales, se sirven de líneas y de números para todo, incluso para ir y venir de Dios. El ingenioso trazado de la huerta ha sido disimulado, tapado por el verde, los dátiles, los nísperos, los albaricoques, los jazmines, las cañas, el agua misma, fingiendo al pasar por las acequias una libertad que aquí no tiene; pero, al mismo tiempo, todo ese verdor esconde un encanto de... *problema*. Partiendo de la ciudad existe un paseo único, el Malecón, que se adentra en el mar de la huerta para darnos la clave del artificio sutil de Murcia, artificio no siempre árabe, sino chino también, o sea, más apagado, menos lujurioso, con menos ansia de felicidad que lo árabe.



Quien traza estas líneas no puede o no quiere decir más sobre Murcia; ha tropezado con su propia vida, perdiendo esa actitud de espectador que le parece indispensable en estas anotaciones. Comprende que al hablar de Salzillo, por ejemplo, no lograría hacerse entender, ya que ese modestísimo escultor del XVIII, rococó y amanerado, es para él mucho más que un gran artista: es casi una mañana, una mañana entera y grande de Murcia, una mañana llena de rosas y de moscas, llena de

polvo vivo, no polvo de ruinas ni de abandono, sino de ese polvo murciano que es como una primavera, un florecer; al hablar de las cúpulas de cerámica azul de las iglesias, tendría que decir que fueron para él, en agosto, como un agua consoladora, un alivio fresco, unas violetas que llevarse a los párpados cansados por la luz. Y todo en su terrible subjetividad parecería un disparate, o acaso algo peor, un autorretrato impertinente.



San Juan
1983
Tinta sobre papel
43,5 x 30,5 cm.

Lazo de retorno

Ángel Polvoriento

La Verdad. "Letras y Artes". 24 de mayo de 1934

Entrando en Murcia se me rompen los años de distancia, y ese día cualquiera olvidado, se acerca a mí, que este hoy se convierte en día doble, cargado de dos vidas.

Lo más bello de Murcia es el polvo. Lo que dota al paisaje de esa finura japonesa, de esos atardeceres densos, es el polvo. El polvo ha puesto en la arquitectura sus dedos como plumas descansando. La Puerta del Perdón y el Palacio Episcopal han ganado mucho con esta caricia blanca, con esta lluvia leve que ha quedado apoyada en los aleros, en los salientes de los escudos, sobre los vientres de los ángeles, en cada mejilla de piedra rosa.

El polvo es clave y llave de Murcia. Señor don Pulcro, señor don Limpio, si no se olvida usted de sí, no podrá penetrar nunca en el misterio murciano. Y sin traspasar su misterio nada es Murcia. Porque Murcia no es bonita, ni linda, ni amable. Una ciudad bonita es Santiago de Compostela o Ávila, un lugar lindo es Nimes o Versalles y un aire amable es Galicia. Murcia, extrañamente bella. Porque tampoco es Cádiz, aunque Cádiz sea su más y mejor hermano.

El río Segura no es de agua; es de tierra encendida. Y el verdadero río de Murcia es el Malecón. Polvo todo, hasta los ríos. Pero el polvo murciano no está muerto, no es polvo de ruina, de ese que hay cuando ha pasado la guerra; no es un despojo nunca. El polvo de Murcia vive, está latiendo, respira como

las hormigas, y todo él es eso, un hormiguero claro, diminuto, caliente.

El día sube rápido. No hay luz matinal. Ya ciego, desde el Malecón, desaparecido el contorno de todo por este sol que rompe, se destruyen también las distancias, y el paisaje es como una piedra ardiendo, como un torso aquí en los ojos. Con este peso de luz, cautivo de la siesta, encontré una cúpula en lo lejos donde asirme y dos torres (iglesia de San Antolín) que me aliviaron la mañana. Eran como una promesa de mar azul. Eran tres tulipanes hacia abajo que adornaban la hora de ternura.

Y por aquí puede bajarse, y entrar por una calle como un pasillo, por una calle intermediaria entre este mundo de huerto y rama viva que es el Malecón, con ese otro mundo de balcones ciegos, cerrados como voz enlutada. Y Salzillo.

Y Salzillo en su encierro preso. Porque al no ser escultor no sabe vivir dentro de nada guardado. Necesita el aire y el polvo. Por eso está mal en Jesús. Su "Dolorosa" es más que una imagen y menos que una escultura. La mañana es su sitio, su sala propia, su museo. Las "figuras" de Salzillo necesitan de cómplices, la vida en torno, Murcia en torno, la luz más polvorienta cogiéndoles de la cintura.

Su "Verónica" es quizá la más ordenada de sus obras, pero no es la mejor. Para Salzillo es un peligro muy grave buscar la construcción y la forma, porque tropieza enseguida con lo falso. Y tampoco su falsedad le puede ser perdonada como a Rafael, porque en Rafael es belleza.

¿Con qué quedarnos entonces, con esa frialdad adornada de arte que es la “Verónica” o con tu emoción plebeya, tu gran emoción sin espiritualidad de la “Dolorosa”?

Con todo o con nada. Con todo si estás en la calle, Salzillo. Te queremos, te queremos solamente. Eres siempre humilde al hacer tu obra, y eso es un defecto grande para un artista. La bondad sí, el amor, la ternura, pero nunca la humildad, la humildad pobre.

Con la mañana, con el polvo, y el sol, te salvas.

Ramón Gaya

La Verdad, Letras y Artes, 24 de mayo de 1934



La Verdad, Letras y Artes, 14 de junio de 1934



Lazo de retorno

El Ángel

La Verdad. "Letras y Artes". 14 de junio de 1934

Vivir fuera de la angustia, al otro lado es ser ángel. El ángel no tiene corazón, porque su modo de sentir la pena es con el alma. Los ángeles ignoran la desgracia despierta, el dolor desgarrado. Saben compadecer, hasta llorar un poco en nuestra vida, con llanto tan leve y distante, tan bello que su bondad nos llena de tristes nubes sin consolarnos. Los ángeles no tienen corazón, porque serían débiles, y ellos tienen que contemplar la muerte en calma. No le pidáis a un ángel que os ampare, porque no puede detener su paso. Ni aún a Cristo muriendo han podido dedicarle del todo sus alas desnudas.

Y El Greco ha conocido ángeles tan altos que nadie supo nunca llegar hasta sus vidas. Y Fra Angélico, los más desconocidos, los más tiernos y transparentes. Y Miguel Ángel esos que nos engañan, porque son los más cerca del mundo y su belleza la más quieta y posible.

Pero aún los ángeles del Greco, siendo los más apasionados, ¡qué indiferentes, qué distraídos del dolor, cuando todo parece que se rompe y cae, cuando todo parece que va a zozobrar, a convertirse en un volcán de llagas! Así en "La Crucifixión".

Y vosotros, ángeles de Fra Angélico que tenéis el corazón no rojo, sino azul de virgen, ¿también pasáis delante de la tristeza sin heriros? Parecéis muchachitas de aldea en fiesta vistas por unos ojos que son dos mañanas, dos amaneceres.

Y ya que hemos dicho, ángel de Miguel Ángel, que tú eras un engaño, vamos a volver a nuestro rostro a ese ángel de mi suelo. Este ángel de Salzillo.

Más que el ángel de "La Oración del Huerto" es un ángel huertano. Pequeño y simple, parece que viene de la huerta a ser ángel. En vez de ser ángel de siempre, como los demás. Tiembla la timidez. Pero ha puesto tal inocencia, tal cariño en su falsedad, que está a punto de ser. No fue. Vive en la huerta, debajo de cada techo, y eso hace que no sea, porque un retrato debe matar al retratado, y a ti, ángel de Salzillo, te sobrevivió el modelo.

Y ya ves, un ángel puede ser todo lo que traspase la verdad. Por eso, en "Las Meninas" nosotros vemos dos ángeles que reverencian a la infanta niña inclinados. Y esa muchacha que asoma su cabello de paja a la derecha de "Las hilanderas", ¿no es un ángel también?

¿Y no es eso el arte, convertir las cosas todas en ángeles eternos?

Ramón Gaya



San Juan
1975
Pastel sobre papel
37 x 26,5 cm.



Homenaje al ángel y los huertos
1975
Óleo sobre lienzo
68 x 83,5 cm.



La Verónica

1975

Óleo sobre lienzo

74 x 60 cm.



La Dolorosa
1975
Óleo sobre lienzo
92 x 73 cm.



San Juan

1983

Gouache sobre papel

87,5 x 63 cm.

Original para el cartel de la Semana Santa de Murcia. 1983



Nazarenos

1987

Gouache sobre papel

70,5 x 50,5 cm.

Original para el cartel de la Semana Santa de Murcia. 1987



La Verónica
1960
Bolígrafo sobre papel
23,5 x 15,5 cm.



Desde la iglesia de Jesús
1960
Bolígrafo sobre papel
15,5 x 23,5 cm.



Ángel II
1960
Lápiz sobre papel
24 x 16 cm.



El Ángel de la Anunciación
1998
Tinta sobre papel
21 x 31,5 cm.



Ángel I
Hacia 1950
Bolígrafo sobre papel
31,2 x 21,2 cm.